



Fig. n.º 41.- Chica, Francisco (2014): *Cosacos [Tratado de taurofilia]*. Prólogo de Manuel Márquez Martínez, aguafuertes de José Hernández, Málaga, El toro celeste, etclibros:poesía. 92 páginas.

De sobra es conocido el poder de simbolización del lenguaje taurino y en general de la riquísima liturgia de la fiesta como fuente de inspiración tanto para los usos de la oralidad como para la creación literaria en español. Nuestra lengua, como es sabido, está cargada de referencias extraídas del mundo de la lidia que son figuradamente aplicables como inusitada frecuencia a otras muchas parcelas de la vida. E igual sucede en el terreno de la literatura y en especial de la poesía, rica en asociaciones de ideas y en recurrencias metafóricas en las que el

mundo de la tauromaquia se revela como una fuente de primer orden para expresar las más variadas vivencias personales. La lírica española de la modernidad, y en especial la derivada de la estética del 27, ofrece abundantes ejemplos, desde García Lorca, Alberti o Gerardo Diego a Miguel Hernández o Rafael Morales, por citar sólo a muy destacados artífices, de esta afortunada traslación del léxico y la fraseología taurinos a la construcción poética, prueba de la riquísima virtualidad que una expresión artística como es la fiesta de los toros posee en sí misma como vivero que alimenta la mejor creatividad verbal.

En ese terreno en el que se funden arte taurino y arte literario con una evidente carga de figuración hay que situar este original poemario del escritor jiennense Francisco Chica, catedrático de Lengua y Literatura españolas de instituto y profesor universitario, investigador, ensayista, estudioso de la poesía española contemporánea y muy reconocido autor de varios libros de poesía y prosa poética como *Días laborables*, *En la piel*, *Rosa de la voluntad*, *Cubrirse para descubrir*, *Cuaderno de México*, *Transeúnte (Poemas romanos...)*. En esta ocasión se trata de un conjunto de treinta y dos poemas agrupados bajo tres enunciados de extracción taurina: “En el ruedo”, “Faenas” y “Fin de fiesta”, y recogidos bajo un título general que no deja de sorprender: *Cosacos*, con un subtítulo entre corchetes [*Tratado de tauromaquia*] cuyo enunciado, por contraste, sorprende aún más, dada la inadecuación entre la referencia al mundo ruso y el marbete taurino que supuestamente lo complementa.

Lo que en verdad encubren tales referencias es una historia de amor en la que el yo lírico se dirige a la figura amada siguiendo una secuencia de lances, episodios y situaciones expresadas mediante analogías taurinas, en su mayoría propias del ritual de la corrida. Historia de amor de frustrante final, ya que si empieza con las grandes expectativas (“oreja y rabo”) del poema “Tendido del sol”, culminará con la desolación de

“Arrastre (después de la corrida)”, en el que los dos protagonistas se cruzan displicentemente «cuando ya nada existe» entre los dos: «-¿Qué tal/me dices/al cruzarte conmigo/cuando ya nada existe./-¿Cómo va todo? -Tirando./-Y tú?/-Tirando». En medio, toda una variedad episódica de perfil erótico que refleja los altibajos, vaivenes y complejidades propios de una experiencia de amor que va siendo enunciada en cada poema con títulos inequívocamente taurinos: “Estatuario”, “Clarín”, “Traje de luces”, “A puerta gayola”, “Pases en redondo”, “Suerte de varas”, “Corrida de feria”, “Desplantes”, “Brindis”, “Mano a mano”, “Sala de despiece”, etc.

El libro tiene, como ya se ha dicho, un extraño título y un subtítulo del todo sorprendente. Tal extrañeza no depende de ambos enunciados por separado, ya que, en punto a títulos, el poeta es dueño absoluto de su nombrar, sino de la aparente falta de lógica de su interrelación. El término *cosacos* nos remite, claro está, a Rusia, pero también a la imagen literaria de aquellos guerreros de la estepa significados por su barbarie, su crueldad y su desorden vital. De ello tenemos un precedente muy conocido en la poesía española: *El canto del cosaco* de Espronceda, con sus sonoros endecasílabos con rima aguda: «¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra! / La Europa os brinda espléndido botín; / sangrienta charca sus campiñas sean, / de los grajos su ejército festín...». Por otra parte, el subtítulo *Tratado de taurofilia* es una referencia del todo española, y frente a la carga de sugerencia e indeterminación de *Cosacos*, sugiere una idea de orden, de sistema.

Esa aparente contradicción entre ambos enunciados requiere, sin duda, una aclaración, ya que el libro se sustenta, como ya se ha indicado, en el enorme poder de simbolización que el lenguaje taurino proyecta sobre el uso literario y coloquial de nuestro idioma. Y es ese poder el que da razón y sentido a este singular poemario de Francisco Chica. Un poder que sin duda

sorprendería a los más recalcitrantes detractores de la fiesta de toros si éstos se acercaran a ella liberados de prejuicios. Una expresión festiva tan arraigada en los tuétanos de nuestra historia y nuestra cultura que su lenguaje sirve para expresar metafóricamente hasta las cuestiones más hondas y esenciales de la condición humana. Recordemos, a este respecto, aquellos versos de Antonio Machado en sus *Proverbios y cantares* que enuncian tan gráficamente el problema mismo del conocimiento: «De diez cabezas nueve/embisten y una piensa./ Nunca extrañéis que un bruto / se descuerne luchando por la idea». *Embestir* frente a *pensar*; *descornarse* estúpidamente por la idea, es decir, ser un doctrinario, un irracional.

Todo el libro de Chica se nutre de una simbología de extracción taurina que sirve analógicamente para contar una experiencia personal que en su fondo nada tiene que ver con el mundo los toros como fiesta. Pero su lenguaje ilumina figuradamente esa experiencia para ayudar a hacerla más explícita, cálida y comprensiva. Se trata de una experiencia interior compleja, llena de altibajos e inconsecuencias, feliz a veces, dramática las más, que se proyecta a través de episodios, lances y situaciones propios del ámbito de la corrida, pero cuyo sentido profundo atañe al mundo de lo erótico. Lo que encubre la terminología taurina es una frustrante historia de amor dramáticamente iluminada por la potencia simbólica de esa terminología.

Los dos niveles de sentido –el aparente y el sustancial– se van entrecruzando en el curso de una supuesta faena taurina explicitada en los títulos de los poemas. Comenzando por el subtítulo (*Tratado de taurofilia*) que si en apariencia no casa con el título (*Cosacos*), nos irá revelando su pertinencia en el discurrir de la lectura. Ese supuesto “tratado de taurofilia” –que no de “tauromaquia”– se desarrolla en una secuencia segmentada en tres momentos sucesivos: “En el ruedo”, “Faenas” y “Fin de fiesta”. Son poemas cuyos títulos aluden a lances de la corrida entre-

mezclados con otros cargados de guiños que van dando las claves de por qué el título de *Cosacos*. Así, tras “Tendido de sol” –el primero de todos ellos– y sin solución de continuidad, viene “El lobo estepario”, que más que al conocido libro de Herman Hesse, remite, sin decirlo, a la estepa rusa, es decir a la procedencia del “toro” que el yo lírico ha de lidiar, al difícil amante con el que ha de enfrentarse en el curso de esa historia de amor. Y tras los poemas titulados “A puerta gayola”, “Morlaco”, “Pases en redondo” y “Suerte de varas”, inequívocamente taurinos, nos encontramos de pronto con “Onomástica”, donde se nuevo se vuelve a la recurrencia al mundo ruso. En otros varios esa misma clave se hace aún más explícita, como en “Desplantes”, con alusiones al vodka y a la genial bailarina Maya Plisetskaya.

De esta forma analógica, en la que la figuración taurina sirve para describir la vivencia amorosa, se van sucediendo los episodios de una experiencia personal que al final, contrariando en apariencia la lógica habitual de la corrida, concluye con el indulto del toro y con el poema “Sala de despiece”, entre matorifes que lo hacen cuartos. Sólo en apariencia, porque ahora el “toro” no es ya el otro polo de la experiencia de amor sino el mismo yo lírico, quien sufrirá el descabello entre “silbidos y palmas” del respetable. El remate de la “corrida” es, pues, desolador, y los dos “toros” de la historia, ahora intercambiables, quedarán, taurinamente hablando, para el “Arrastre”, título del último poema del libro.

Hay que decir, sin embargo, que no todo en el poemario es unívocamente simbólico, porque esa historia de amor está también salpicada de episodios taurinos enteramente reales vividos por el autor e incorporados a la intención figurativa del libro. Entre ellos, un recuerdo al diestro Antonio Ordóñez y a su profunda definición del toro como «un amigo al que temo mortalmente»; o una faena de José Tomás una tarde de julio en la

Monumental de Barcelona; otra tarde de lluvia en la plaza extremeña de Olivenza; o el sofoco estival de la de Linares; y hasta una alusión expresa al profesor francés Francis Wolf y a su probada sabiduría sobre la fiesta.

En definitiva, todo el libro bascula entre lo simbólico y lo real poéticamente integrados como otras tantas referencias autobiográficas que dan sentido a un relato psicológico que no siempre es lineal sino que se despliega en una estructura circular, o más bien reticular, que finalmente se resuelve en una experiencia conflictiva, desoladora y fracasada aunque salpicada de momentos felices. Poéticamente el mayor logro del libro reside, en mi opinión, en la gran fuerza expresiva con que esa dialéctica entre plenitud y frustración se va plasmando en el curso de treinta y dos poemas de verso corto y admirable concisión verbal. Y sobre todo en la intensidad lírica que Francisco Chica sabe extraer al lenguaje taurino para trasvasarla a una situación personal perteneciente a un ámbito de significación bien distinto. Sólo entendiendo la inmensa virtualidad simbólica de la fiesta de toros en otros dominios de la vida puede comprenderse el acierto de este hermoso libro, exponente de una construcción lingüística de mucha originalidad extraída del rico hontanar expresivo de una fiesta única, presente también en su dimensión plástica en tres espléndidos aguafuertes de José Hernández que el notable pintor y grabador tangerino cedió al autor de *Cosacos* poco antes de su fallecimiento en noviembre de 2013.

Rogelio Reyes Cano
Fundación de Estudios Taurinos